

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

# **El problema de “lo real” en la Historia: entre Martin Heidegger y Michel de Certeau.**

Devita, Sergio.

Cita:

Devita, Sergio (2009). *El problema de “lo real” en la Historia: entre Martin Heidegger y Michel de Certeau*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1216>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## El problema de “lo real” en la Historia: entre Martin Heidegger y Michel de Certeau.

Sergio Devita

La cuestión que suscita el problema de qué sea lo que se entiende por “lo real” ha sido estudiada larga y profundamente en lo que a la historia de la filosofía atañe. En estrecha relación con esto, la filosofía de la historia no queda por fuera de esta consideración. En efecto, no es posible negar el desarrollo que tan ardua indagación ha tenido, particularmente, en ella. La filosofía de la historia ha tomado, quizá, como un problema fundamental que queda dentro de su específico ámbito de exégesis y análisis –quizá, de forma aún más patente, a raíz de los efectos de lo que ha sido llamado el *giro lingüístico en la historia*- la cuestión de la *referencia* a lo real por parte de los historiadores y, por tanto, las relaciones que pueden establecerse a partir de los modos particulares de comprender la realidad histórica y la forma en que las historias *son escritas*.

La intención aquí no es la de analizar la mencionada influencia del giro lingüístico en la historia, aunque daré por supuesto en este trabajo un cierto *background* que a él refiere; sobre todo, en lo que a la parte segunda de mi trabajo compete.

En este trabajo intentaré tematizar y poner en tensión los modos de entender la *realidad histórica* de dos pensadores del siglo XX: por un lado, la implicancia de la concepción de Martin Heidegger en su obra *El concepto de tiempo en la ciencia histórica (1916)*; por el otro, el modo en que lo entiende Michel De Certeau en algunos capítulos de su obra *La escritura de la historia (1978)*.

Por lo demás, debemos decir que estos pensadores provienen de corrientes de pensamiento divergentes; lo que nos lleva, lógicamente, a disímiles enfoques del problema. A pesar de ello, no creo que esta situación constriña y delimite de manera rígida todo tipo de posibilidad de análisis y relación de los mismos; siendo así, entonces, que anuncio mi trabajo como un intento, un ensayo de esto último.

El trabajo consta de tres partes. En la primera se hará referencia al pensamiento de Heidegger en su obra mencionada; la segunda tendrá como objeto lo dicho por De Certeau en determinados capítulos; y la tercera pondrá en juego una similitud fundamental y algunos rasgos divergentes de estos pensadores.

## I

En *El concepto de tiempo en la ciencia histórica* (1916), Heidegger plantea una dificultad con respecto al modo cómo la ciencia histórica se ocupa de lo real en la historia y cómo lo comprende en ella.

En efecto, por un lado, si bien Heidegger no habla explícitamente de algo así como “lo real”, esto podría llegar a inferirse de su trabajo. El filósofo alemán dirá que “la primera tarea fundamental de la ciencia histórica consiste en suma en asegurar la realidad de los hechos por ella descriptos”<sup>1</sup>. De aquí se desprenden, claramente, dos sentidos de la *realidad histórica*: 1) esta posición de lo real mediante la enunciación de la primera tarea fundamental de la ciencia histórica, consiste precisamente en entender a los acontecimientos históricos *en sí*; como teniendo una existencia independiente y por fuera de cualquier consideración que de ellos se haga. Y en esa existencia consistiría su realidad; 2) hace referencia a la esencial tarea del historiador a la hora de una *reconstrucción* que éste operaría en cuanto que historiografía; lo cual llevaría a una concepción de la realidad histórica como aquella que es *construida* por el historiador a partir de los *datos* de la fuente, y basándose en ellos. Este segundo aspecto ya supone en su propia consideración un *constructo* que el historiador lleva a cabo en su investigación científica. Este concepto es el de *época*<sup>2</sup>.

Por tanto, lo real histórico puede entenderse en este trabajo de Heidegger fundamental y primeramente como: aquello que es *determinado* en un lapso de tiempo delimitado, en el devenir temporal de una *época*. Es decir, entonces, que lo real estaría “dado” en una época determinada (esto es, específicamente en su trabajo, suponer la existencia en sí de las objetivaciones del espíritu humano, allende cualquier tipo de construcción o

---

<sup>1</sup> HEIDEGGER, M. *El concepto de tiempo en la ciencia histórica*, Traducción de Elbio Caletti del texto editado por segunda vez en una antología de los primeros trabajos de Heidegger titulada *Friihe Schriften* (1972). Pág., 8.

<sup>2</sup> Esta, creemos, es entendida como un gran contexto, un gran “ambiente” que circundaría y agruparía objetivaciones específicas del espíritu humano, y que terminaría por darles un determinado significado. Quizá podríamos decir que la época en Heidegger es una construcción *a posteriori*, una *estructura que se impone* a los acontecimientos reales en sí mismos (ver nota al pie 7 en página 5 de este trabajo), en el sentido de que es a través de una superación temporal que lleva a cabo el historiador cuando, guiado por su interés histórico *presente*, en su propio tiempo, intenta una investigación del *pasado* por medio de las fuentes objetivas. Es en esta investigación, y tomando como eje y fundamento de la misma aquellos *datos* que proporciona la objetiva fuente acerca de la *realidad* de los disímiles acontecimientos históricos, que el historiador define a un tiempo histórico como una época determinada. Debemos aclarar, entonces, que hablamos de época en nuestro trabajo dando por supuesto ya un análisis y una reconstrucción histórica, sea la que fuere.

Consideramos que, para Heidegger, la época, de este modo, es una realidad histórica *cuasi* independiente de la fuente, pues a partir de esta es que aquella puede determinar su propia realidad.

consideración posterior del historiador y, también, allende la fuente, en el sentido de que existe por fuera de ella; realidad que puede representarse). Rescato, a su vez, e interpreto que en este trabajo también se desliza una segunda concepción de lo real, que lo entiende como: aquello que *determina* y co-opera en la delimitación de una época; como lo que constituye en sí misma a la época y, al mismo tiempo, permite diferenciarla de otra (este segundo sentido refiere a la “utilización” de lo dado para una futura reconstrucción. Esto es, a partir de los datos concretos y objetivos de la fuente, reorganiza lo dado en una reinterpretación, y la realidad de eso mismo dado, entonces, ya no se encuentra por fuera de la reconstrucción que se haga de ello, sino en ella misma). Estos dos modos de entender lo real por Heidegger no se encuentran en una relación de tensión y mucho menos de oposición, sino de “complementación”; son dos aspectos de una misma cuestión que no se oponen. Más bien, uno da lugar al otro, y se co-implican. Las épocas vienen a ser para Heidegger, entonces, la expresión de los *diferentes* tiempos de la historia, de los diferentes tiempos históricos, pues explicitan las producciones humanas que las configuran como tales épocas. Por lo demás, estas producciones se “transformarán” en objetos históricos. Lo que permite diferenciarlos entre ellos no es otra cosa que lo *cualitativo* de cada uno de ellos.

Así las cosas, las épocas, esas unidades de tiempo, pueden diferenciarse a partir del contenido de cada una de ellas, pues se estructuran de diferente modo. Esto las delimita entre sí. Ese *contenido* no es algo distinto que lo real; objetivaciones del espíritu humano que se dan en la historia, en un tiempo histórico.

Lo real, así, tiene lugar en la delimitación de una época. Como dijimos, lo real se da en una época determinada –primera acepción-, al tiempo que determina a esa misma época y la distingue –segunda acepción-; lo real es lo específico y propio de cada época. Por consiguiente, aquello es *inmanente* y, por tanto, *inseparable* de la época.

En una palabra, la realidad histórica es entendida por Heidegger como la unicidad y singularidad de objetivaciones humanas, que se significan a sí mismas dentro y a partir de los límites de una determinada época.

Entonces, el *sentido* y el tiempo de lo real, de determinadas objetivaciones del espíritu humano, quedan dados en la época en que tienen lugar<sup>3</sup>. Esto no hace más que darle a

---

<sup>3</sup> Los “aires de época”, los “marcos generales” que subyacen a una época, co-determinan el *sentido* de la realidad histórica en un tiempo histórico. Co-determinación, puesto que no debemos dejar de lado la reconstrucción que opera el historiador, quien con los datos de la fuente, re-interpreta los acontecimientos, dándoles un nuevo significado. Co-determinación, dado que son esos acontecimientos y no otros los que se manifiestan en una determinada época. El sentido *termina por darlo el historiador*;

cada tiempo histórico una temporalidad definida, pues las producciones humanas que tienen lugar en ella se constituyen a sí mismas en diferente tiempo o, mejor, en su propio tiempo (el tiempo de realización de lo real). Vale decir que, lo real para Heidegger, entiendo, tiene su *ser* en el desarrollo y despliegue de su propio tiempo. Este es el aspecto *cualitativo* del tiempo histórico como tal.

Por otra parte, la comprensión de lo que Heidegger entiende por realidad histórica no puede deslindarse en modo alguno de lo que implica la riqueza que aporta a la investigación histórica la *fuentes*. En el trabajo citado y al que me refiero, Heidegger dedica unas cuantas líneas a establecer la tarea fundamental de la fuente. La define esencialmente como aquella que: [...] *permite (...) el acceso científico a la realidad histórica. A partir de ella se construye antes que nada esa realidad [...]*”<sup>4</sup>.

Esto es, la fuente es aquella que *garantiza* la realidad de cada acontecimiento histórico<sup>5</sup>. Vale decir, entonces, que una fuente *auténtica* es entendida como un vehículo de suma importancia en el momento del *acceso* temporal que debe llevar a cabo el historiador para enfrentarse cara a cara con su objeto de estudio. La fuente es la que permite ese “acercamiento” del historiador a su objeto *pasado*<sup>6</sup>. Será el estudio del *contenido* objetivo de fuentes que pertenecen al objeto pasado, lo que permite una reconstrucción y significación de su propia realidad, lo que a su vez abriría la posibilidad de la concreta delimitación y diferenciación de esa época de otra.

Esta es una cuestión fundamental y muy interesante que plantea Heidegger, pues es la fuente la que le permite ver al historiador en *su* tiempo histórico, es decir, desde su presente – y por tanto con un interés histórico bien definido-, diferentes configuraciones temporales del pasado –lo que, *luego*, se constituirán como diferentes épocas-, pues la

---

pero, lo hace desde la fuente, que le garantiza la realidad de los diferentes acontecimientos históricos y, con ello, pre-determina el propio sentido sobre el que el historiador trabajará.

<sup>4</sup>HEIDEGGER, M. Op. Cit. Pág., 8.

<sup>5</sup> A partir de la distancia temporal que ella tenga con la época y el acontecimiento en cuestión. Esto implica la necesaria demostración de la autenticidad de la fuente.

<sup>6</sup> La fuente se constituye como la *condición de posibilidad* de la historiografía, en el sentido de que es a partir de ella que el historiador puede realizar su investigación. La fuente reúne en sí misma los *datos*, esto es, todo tipo de proposiciones acerca de acontecimientos en el tiempo que sean dignas de verdad o falsedad. En la reunión de *datos*, la fuente *sintetiza en sí misma* la realidad histórica de un tiempo histórico. Y su función fundamental es la de *referir* a su exterioridad y *asegurarla*. Vale decir, la fuente es la que *soporta* la *realidad externa* a todo discurso. Georg Duby (en sus *Diálogos sobre la historia. Conversaciones con G. Landreau, Alianza Ed., Madrid, 1988. Pág., 44.*), dice que “nuestras <fuentes> no son más que una especie de soporte, mejor dicho, de trampolín. Para lanzarse, para rebotar, para, con la mayor soltura, construir una hipótesis, válida, apoyada, sobre lo que han podido ser acontecimientos o estructuras”.

Sin embargo, debemos aclarar que la fuente le es útil a las dos concepciones de la realidad histórica que podemos ver en este trabajo de Heidegger. La diferencia estriba en el *modo* de interpretarla y en la producción que de su “consulta” obtenga un historiador particular.

fuelle “sitúa” al historiador “frente” a su propio objeto. Lo que significa que *las épocas pueden diferenciarse desde un presente*; conlleva una superación temporal que haga posible verlas como diferentes desde un ahora.

La fuente, entonces, pareciera dar la clave de acceso a lo real, a esas determinadas objetivaciones del espíritu humano que se han dado en la historia; vehiculizaría el movimiento de la investigación histórica.

Debemos tener presente que las objetivaciones humanas de un tiempo histórico son determinadas en sí mismas, vale decir, son ellas y no otras. Precisamente por esto, cooperan en la determinación de una época. Esto último es lo que el historiador, distancia temporal de por medio, termina por definir; la fuente le garantiza ese acceso objetivo a las diferentes y determinadas objetivaciones humanas, lo que le permite terminar de “agruparlos” en una unidad temporal definida. Parece ser que la “suma” de las objetivaciones del espíritu humano –cada una con su sentido y tiempo- de una determinada época, no contienen en sí mismas a la época en cuanto tal y en la que se dan, si bien no pueden pensarse por fuera de ella.

De lo dicho hasta aquí, entiendo que la noción de época es susceptible de ser entendida en dos sentidos. Pues, de un lado, ella misma posee un sentido en sí misma; significa por sí misma al estar *con-formada* de específicas objetivaciones del espíritu humano, de definidas producciones culturales del hombre que se dan en ella misma. Del otro, ella no es otra cosa que el resultado de la tarea del historiador; una construcción posterior que termina por englobar a los acontecimientos históricos y resignificarlos de manera acabada.

Ahora bien, creo que se desprende de todo lo anteriormente dicho con respecto al modo como Heidegger entiende lo real que, en esta “doble” relación de “ida” (de las objetivaciones humanas, de su despliegue y desarrollo de su ser en un tiempo histórico) y “vuelta” (del historiador para con el pasado como objeto de estudio, por medio de la objetividad de la fuente), lo real queda delimitado y con un significado único<sup>7</sup>. Esto es, la época termina por “encerrar” y abarcar en su totalidad (sentido, tiempo) a lo real y, por lo tanto, este queda como *estabilizado* en el tiempo.

---

<sup>7</sup> Antes que nada, remito a la nota 2 de este trabajo para una primera idea de este pie de página 7. Con respecto a la *significación única* de un acontecimiento histórico a partir de la construcción del historiador, hago referencia a que, de ese modo, la *realidad histórica* “adquiere una forma propia”. Esto es, se constituye a sí misma en eso que es y, por tanto, se diferencia de otros modos de ser de lo real, tanto con respecto a otras objetivaciones humanas dentro de la misma época (aunque “respete” una estructura cualitativa epocal) como con respecto a otras épocas en su totalidad. Por lo demás, esa significación única no prohíbe otra interpretación de la fuente por parte de un historiador determinado y, por tanto, no impide una nueva significación de la realidad histórica de una época.

La “estabilidad” de lo real en un determinado tiempo histórico –por lo demás-, no es algo que Heidegger deje en evidencia, ni sobriamente definido. Por el contrario, infiero es una consecuencia de su pensamiento sobre este aspecto.

La determinación “final” de una época, cuestión que involucra esencialmente la tarea del historiador, implica de suya una *posición* de lo real. Esto es, lo real no puede más que *quedarse* en ese tiempo, pues en él y de ese modo en que se lo entiende, es como es significado en sí mismo de forma completa<sup>8</sup>.

Entiendo, como un aspecto que se deriva de esta cuestión y que no puede dejarse de lado, que delimitar al pasado como algo “*estable*” al cual *se accede* por medio de la fuente objetiva, implica el entendimiento de la historia como simplemente el estudio de sucesiones de unidades temporales. Lo cual despierta la idea, a su vez, de una discontinuidad en el sentido de la historia, pues cada época que se sucede, necesariamente se configura de otro modo que sus anteriores, y lo hará asimismo con respecto a sus posteriores, lo cual evidencia que no hace más que diferenciarse de las otras. Siguiendo el devenir temporal de la historia, y lo que dice Heidegger en este trabajo, me atrevo a afirmar que se desprende de todo esto que no hay algo así como un sentido histórico<sup>9</sup>, sino únicamente la posibilidad de “comprensión” del pasado en cuanto pasado mismo. A esto hace referencia Heidegger cuando habla acerca de la posibilidad de comprender al pasado en cuanto tal, pues no es más que una *otroridad* de objetivaciones del espíritu humano y que, mientras nosotros mismos configuramos y vivimos en una de ellas –por demás, diferente-, tenemos la posibilidad de comprender al pasado como tal, pues no es “algo distinto incomparable”<sup>10</sup>. Esto connota la posibilidad de “comprender” al pasado, ya que posee el mismo estatuto ontológico que el presente<sup>11</sup>. Pero, creo, se hace imposible relacionarnos a nosotros mismos con nuestro

---

<sup>8</sup> En este movimiento de “encastre”, de “convergencia”, lo real queda estabilizado; como fuera del tiempo, queda *a-temporalizado*, pues ya no se significa ni realiza en un *estar-siendo*. Se transforma en objeto histórico y, como tal, *ha-sido* y *ya-no-es*. Ese *ya-no-ser* de la realidad histórica pasada, connota un principio y un fin de su propia realización. El transformarse en objeto histórico, permite al historiador poder interpretarlo y re-significarlo completamente en esa operación de construcción: interpretación, que realiza; le permite al historiador *identificar* y *definir* la realidad histórica pasada como tal, como pasada y comprenderla en su totalidad.

<sup>9</sup> Las grandes *rupturas*, los grandes hiatos en el devenir temporal de la historia –rupturas o límites sociales, culturales, económicos y, para el objeto de nuestro trabajo, nos atreveríamos a decir asimismo, rupturas en el devenir temporal de la historia, que no son otra cosa que las propias épocas-, son los que implican una rotura en el *sentido histórico*, pues el *presente* es ya algo *diferente* del pasado. Esto será de suma importancia, como veremos, para la concepción de (la rotura que denota la) época heideggeriana.

<sup>10</sup> HEIDEGGER, M. Op. Cit. Pág., 7.

<sup>11</sup> El pasado no sería otra cosa *diferente*, pues no es más que un determinado modo de configuración del tiempo histórico; y, en cuanto tal, es decir, en tanto que específica configuración del tiempo histórico, no establece diferencia alguna entre él y otra –cualquiera- configuración.

pasado, pues lo conocemos sólo en tanto que *una* determinada configuración de la realidad histórica, por lo demás, diferente de la nuestra. Esto es lo que nos facilita la actividad del historiador.

Heidegger plantea otra cuestión que viene al caso de lo que estamos hablando. Afirma que: “[...] las “tendencias directrices” (Ranke) de una época dan la base para la delimitación de esta época de otra [...]”<sup>12</sup>.

A mi modo de ver, con esto Heidegger está estableciendo el valor y significado que contienen en sí mismas cada una de las objetivaciones del espíritu humano, en el tiempo; valor y significado que terminará por co-operar en la determinación de la época por parte del historiador. Es decir que, este último utiliza los “materiales” (objetivaciones humanas) de los que dispone –con sus significados y sentidos- para significarlos de un modo aún “mayor” – y completo- en ese contexto construido que los engloba y los contiene: en la época.

Las “tendencias directrices” de una época delimitan de antemano el carácter de esa determinada época<sup>13</sup>.

Como conclusión de esta primera parte, creo que es necesario remarcar una posición intermedia de Heidegger con respecto a su modo de entender la realidad histórica, pues, por un lado, y como dije, la realidad histórica está ahí, dada en un momento del tiempo exactamente definido y determinado y existe por sí misma (posición que, a su vez, delimitaría la tarea de la historiografía, pues ésta accede a ese pasado en sí mismo mediante la fuente y lo plasma en su texto; el pasado está ahí en su texto; la historia no sería más que una representación del pasado, por lo demás, real y existente de por sí). Por el otro, la realidad histórica pasada no existe por sí misma, por fuera de la reconstrucción que hace de ella la historiografía, sino que tiene su ser y es como es en esa construcción que de ella hace el historiador). Así, entiendo que Heidegger evidencia tomar aspectos de cada uno de ellos para sintetizar una nueva posición de lo real que lo define en un punto de convergencia: 1) lo real *está dado* (con su sentido y tiempo) en el devenir temporal propio de un tiempo histórico delimitado –que por lo demás, lo real

---

<sup>12</sup> HEIDEGGER, M. Op. Cit. Pág., 9.

<sup>13</sup> La posibilidad de hablar de algo así como “tendencias directrices” de una época, sólo se da al cabo de una reconstrucción posterior del historiador a partir de la fuente. Será esta última la que proporcione dichas tendencias específicas, pues la fuente refiere a ellas. Estas determinan un *marco de acción y discurso*; se constituyen como condición de posibilidad históricas del discurso. Al respecto, Georg Duby (en sus *Diálogos sobre la historia. Conversaciones con G. Landreau*, Alianza Ed., Madrid, 1988. Pág., 41 y ss.), afirma que “no se puede sostener cualquier discurso sobre el pasado, ni sobre cualquier cosa”. El historiador trabaja (construye; opera) a partir de los datos de la fuente.

asimismo ayuda a configurar y, por tanto, a delimitar; 2) lo real termina de significarse completamente en la época, a partir de la tarea del historiador, el cual por medio de la objetividad de la fuente reconstruye esa misma realidad histórica, la resignifica en ese su trabajo; le atribuye esa realidad en su reconstrucción. Por eso, entiendo fundamentalmente que la época se transforma en una noción de “doble sentido” al constituirse como una construcción posterior que lleva a cabo el historiador, pues es una construcción en la que la realidad histórica (las propias y en sí mismas significativas objetivaciones humanas de un tiempo histórico determinado) queda definida completamente en su ser.

## II

En esta segunda parte, me ocupo de lo que Michel De Certeau entiende por realidad histórica, y de algunas consecuencias intrínsecamente relacionadas con dicho pensamiento. Más específicamente, con su modo de comprender la *historia*. La entiende a ésta última, fundamentalmente, como una *práctica* y una *operación* (intervención) científica del historiador. Nos referiremos también, de este modo, a la diferencia y tensión que se entabla entre dicho modo de entender la historia y el trabajo del historiador, por parte del francés, y cómo la entiende Heidegger.

En el capítulo 3: *la historia, discurso y realidad*, de su obra *La escritura de la historia* (1978), De Certeau comienza con la distinción entre dos modos de comprender la realidad histórica: “lo real como *conocido* (lo que el historiador estudia, comprende o “resucita” en una sociedad pasada) y lo real como *implicado* por la operación científica (...)”<sup>14</sup>. Esto es, la realidad histórica para De Certeau “oscila” entre el *objeto de estudio* del historiador –por lo demás, en tanto objeto de la investigación histórica, es *pasado*<sup>15</sup>– y, podríamos decir, el *contexto* en el que él lleva a cabo la operación historiográfica – vale decir, el propio tiempo del historiador, su *presente*<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> DE CERTEAU, M. *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1999 (2006: 2ª reimpresión). Pág., 51.

<sup>15</sup> Sin embargo, de Certeau le “atribuye” una “cualidad” no común: *ejerce una influencia sobre el presente*; está presente en el tiempo del historiador. Desde ya, esto es posible por el papel del historiador como *escritor/ trabajador de la historia*.

<sup>16</sup> El historiador, como todo sujeto, está precisamente “sujetado” a su entorno; se encuentra en estrecha relación con el tiempo en el que trabaja, con la *época* en la que actúa, pues ésta determina un *contexto* de acción posible. De esta forma, el historiador se encuentra él mismo “desplegado” en su tiempo. Este último parece constituirse de tal manera que le propicia la posibilidad de ciertas prácticas específicas, de ciertas técnicas y de cierto *entorno social* que determinará también su despliegue práctico.

De todo esto se desprende una cuestión importante. Esta “oscilación” no es un detalle menor o que carece de sentido, pues en ella se situará la *historia* misma. La historia, en cuanto operación historiográfica, en tanto que “puesta en acción” del historiador, *trabaja*, dirá De Certeau, *en y desde el límite*; el *límite* que existe entre un pasado y un presente. El *límite* está dado, en último análisis, por la *interrelación* y la *co-implicación*, a través de la tarea del historiador, entre estas dos categorías temporales. Pues, por un lado, el historiador no puede dejar de encontrar en su propia práctica ese objeto de estudio suyo al cual se aboca; no deja de encontrar en la *praxis histórica* a ese *pasado*. Esto se debe, principalmente, a dos factores: 1) el historiador refiere específicamente al pasado; se *encarga* de él; y 2) el objeto de estudio del historiador parece que posee una “fuerza inmanente de despliegue”, un “impulso” enérgico de movimiento tal, que hace posible de algún modo la *continuación* de sí mismo en vestigios de estructuras antiguas, pasadas, que encuentra el propio historiador en su práctica presente; habría algo así como una “perpetuación” del pasado en el presente, mediante su energía contenida en dichas viejas estructuras que el historiador encuentra presentes en su tiempo.

Por el otro, al tiempo que encuentra esta *vivacidad* del pasado en su presente, en su trabajo historiográfico, se da cuenta de que su propio tiempo de *escritura de la historia* está imbricado en ese pasado al que estudia; esto es, encuentra su propia práctica presente en el objeto pasado que estudia. El historiador *modifica el pasado al trabajar con él en su praxis historiográfica presente*.

Esa modificación del pasado encuentra su explicación en lo siguiente. La “academia” es el ámbito al cual el historiador refiere su investigación. De hecho, él mismo forma parte de aquella primera. En dicha referencia, el historiador evidencia un condicionamiento que subyace a toda investigación histórica que pretenda el “rango” de “científica”; será la “academia”, de este modo, la que defina en última instancia la cientificidad de una determinada investigación histórica. Lo hará, condicionada, a su vez, por encontrarse en un tiempo histórico-cultural determinado; contexto epocal que delimitará la validez y legitimidad de ciertas técnicas y métodos específicos de investigación, como asimismo, lo que se constituirá como diversas prácticas de sentido. Ahora bien, será precisamente la implementación de la técnica lo que constituye a la historia como una *práctica historiográfica*. En ese sentido, el *locus* –social, político, cultural, etc.- que compromete al historiador con un modo de “hacer historia” –a partir de los “ejes directrices” que

---

Aquí encontramos, básicamente, una clara referencia con respecto a lo que Heidegger denomina *tendencias directrices* de una época y lo que Michel Foucault definirá como *episteme*.

marca la “academia”-, implica, en el devenir temporal, el surgimiento de *nuevas* técnicas de la investigación historiográfica; nuevas técnicas y métodos avalados por la “academia”. Por tanto, la praxis historiográfica presente del historiador, da cuenta de *nuevas* formas de articular el pasado con ese mismo presente; esto es, esas *nuevas* técnicas y métodos permiten una nueva y diferente relación del historiador con eso que De Certeau llama “vestigios de estructuras muertas” que tienen alguna continuidad en el presente.

Aquella modificación no es otra cosa, entonces, que *un nuevo modo de “hacer historia”* y, por tanto, nuevas formas de relacionar-“se”<sup>17</sup> el historiador (mediante su praxis en el presente) con su objeto de estudio (el pasado).

Se desprende de esto una consecuencia de suma importancia: el pasado se perpetúa a sí mismo en el tiempo (en restos de estructuras que el historiador reconoce pasadas en su propio tiempo) y ejerce una “influencia” sobre el presente (esas estructuras dan una base a la praxis presente del historiador; él reconoce en ellas un “antecedente, si se quiere, de su praxis presente), en la medida en que el historiador, mediante su *operación historiográfica* en su presente, modifica –como dije- el pasado y lo resignifica, pues es él mismo quien *produce un* discurso histórico. Ese discurso incluye al *pasado*, pero desde la nueva relación que este tiene con la práctica *presente* del historiador.

Por lo tanto, podemos apreciar ahora, de qué modo “[...] la relación con lo real se convierte en *una relación* entre los términos de una operación” (Op.Cit. Pág., 95).

Así es que, el *límite* se constituye en un supuesto fundamental para De Certeau, pues determina la práctica historiográfica; es el “punto” desde el cual el historiador lleva a cabo su praxis. Ahora bien, una cuestión central surge aquí. De Certeau relaciona –profundamente-, *límite* con *lugar*. Dirá que:

“[...] *la investigación se ve circunscrita por el lugar que define una conexión de lo posible con lo imposible*”<sup>18</sup>.

De Certeau hace referencia a que el *lugar* desde *donde* se lleva a cabo la praxis histórica, determina la relación de lo que es pensable con lo que no lo es. Esto es, es

---

<sup>17</sup> Nótese, aquí, que hablamos de nuevas formas de relación de la praxis presente del historiador con su objeto de estudio, relación dada como dije a partir de nuevas técnicas de investigación historiográfica, y que ese nuevo modo de vinculación implica, asimismo, una modificación del propio historiador. Un nuevo modo de ver supone ya otro “sujeto” que efectivamente lo “practique” o ponga en funcionamiento.

<sup>18</sup> Op.Cit. Pág., 81.

*condición de posibilidad* de ciertas relaciones que se establecen en la propia investigación y, al tiempo, hace imposibles otras. El lugar es el del propio historiador; es a lo que está “atado” el historiador y de lo que no puede prescindir; “condiciona” su pensamiento y “enmarcará” su modo de *intervención*. De Certeau denota específicamente con *lugar*, el espacio de “lo social”. Es esto último lo que evidencia de forma quizá más auténtica la propia relación del historiador con su tiempo y su “ambiente”<sup>19</sup>. Queda evidenciado esto en otro capítulo de la obra a la que hacemos referencia:

“[...] *la historia se define completamente por una relación del lenguaje con el cuerpo (social), y por consiguiente por su relación con los límites que impone dicho cuerpo, sea al modo propio del lugar desde donde se habla, sea al modo propio del objeto-otro (pasado, muerto) del que se habla*”<sup>20</sup>.

El *lugar*, por tanto, es fundamental. Es el *límite* de la *acción* del historiador; y no sólo ese, sino *todo límite* de acción posible. “Lo social” es entendido como categoría trascendental de la *historia* misma (en cuanto que es ella una praxis) y de toda acción humana, y, por tanto, *política*. La *historia* se transforma, así, en una *praxis política*, en la medida en que todos (“sujetados” a la acción) determinamos esos límites de lo que es pensable y lo que no lo es.

Desde este *límite tópico*, es que el historiador se lanza a la ardua tarea de intervenir en la construcción de sentido de la *historia* misma. El pasado se torna relevante en la investigación científica, desde el punto de vista de cómo el historiador lo relaciona con su praxis presente.

Una extensa cita de De Certeau nos hace referencia explícita a la tarea del historiador, por medio de una referencia a la relación historiador-cultura-naturaleza. La transcribiremos. “(...) *El historiador no se contenta con traducir de un lenguaje cultural a otro, es decir convertir producciones sociales en objetos de historia. Puede convertir en cultura los elementos que extrae de campos naturales. Desde su documentación*

---

<sup>19</sup> Desde ya, aquí no nos referimos exclusivamente a la relación que el historiador mantiene con el *medio ambiente*, sino, más precisamente, a la vinculación del historiador con *todo lo que lo circunda* en su propio tiempo. Por lo demás, la relación con la naturaleza queda aquí implicada.

Pero especialmente, aludimos aquí al ámbito “científico” en el que se mueve el historiador (como dije, la “academia”), y de cómo aquel determina la práctica de éste. De Certeau dirá que la investigación histórica supone un lugar social, una práctica científica y una *escritura* (el subrayado es mío).

<sup>20</sup> Op.Cit. Pág., 81.

(donde introduce guijarros, sonidos, etc.) hasta su libro (donde las plantas, los microbios, los glaciares adquieren la condición de objetos simbólicos), el historiador realiza un desplazamiento de la articulación naturaleza-cultura. Modifica el espacio, como lo hacen el urbanista al integrar las praderas en el sistema de comunicaciones de la ciudad, el arquitecto cuando convierte el lago en presa, Pierre Henry cuando convierte el rechinar de una puerta en motivo musical, y el poeta que trastorna las relaciones entre “ruido” y “mensaje”... El historiador logra la metamorfosis del ambiente a través de una serie de transformaciones que desplazan las fronteras de la topografía interna de la cultura. “Civiliza” la naturaleza –lo que siempre ha querido decir que la “coloniza” y la cambia (...). (Op. Cit. Pp. 84-85).

Queda claro que De Certeau está haciendo referencia aquí al modo como el historiador se imbrica con su objeto de estudio en la propia vinculación que él hace con el mismo.

La *intervención* del historiador en la historia es tal, que la misma *fuentes*, el *archivo* es construido por el historiador. Esto puede apreciarse claramente cuando De Certeau afirma que “en realidad consiste [la operación del historiador] en *producir* los documentos por el hecho de copiar, transcribir o fotografiar dichos objetos cambiando a la vez su lugar y su condición”<sup>21</sup>. Es decir, entonces, que la operación historiográfica se constituye a sí misma como una *invención de sentido*, como la implementación de una *ruptura* en el orden de las “cosas”. El historiador redefine el propio orden establecido; lo cambia. Este *cambio* connota de forma inmanente un *origen* y, al tiempo, una *originalidad*. Pues, de lo que se trata de ahora en más es de *producir* documentos, archivos; se trata de poner en movimiento la *máquina* (en términos del propio De Certeau) de *producción* o *establecimiento de las fuentes*. El historiador termina por *formar* la misma fuente al crearla y utilizarla de otro modo. Este es el puntapié inicial de una *nueva* historia que podrá escribirse; se abre un nuevo modo de producción historiográfica. Se rompe, así, con viejas *interpretaciones*, con viejos *modelos* de historiografía para dar con la construcción de nuevos. Esto requiere la mixtura de algunos elementos –lugares, técnicas y “grupos”- que terminarán por dar a luz a una nueva fundación, pues surge un nuevo modo, diferente, de *hacer historia*. “Se trata de cambiar una cosa, que tenía ya su condición y desempeñaba su papel, *en otra cosa* que funcione de una manera distinta”<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Op. Cit. Pág., 86.

<sup>22</sup> Op. Cit. Pág., 88.

Este nuevo modo de distribuir el espacio –en términos de De Certeau- lleva al establecimiento de una nueva relación del historiador con la realidad histórica. Esta última se transforma ahora en su propio *producto*.

La *construcción* del *archivo* por parte del historiador, asimismo, le abre a éste un nuevo modo de *comprender* la *realidad histórica*. Desde un primer momento, el historiador toma conciencia de que su propia investigación científica supone de suya una modificación en la *historia*; él interviene en el *despliegue temporal* de los acontecimientos, pues les otorga un nuevo *sentido* en la *vinculación* que él mismo hace. Construir el archivo quiere decir, en última instancia, construcción de la realidad histórica, a través de su praxis presente. El historiador, en su *operación de sentido*, resignifica ciertos acontecimientos (en desmedro de otros; cuestión ésta que le será co-determinada por el cuerpo social del que forma parte) y los vuelve inteligibles, posibles en un discurso determinado: *su* discurso, *su* práctica de la historia.

### III

A modo de conclusión, y luego de estas consideraciones, me interesa remarcar dos aspectos, dos sentidos que pueden llegar a darse en una estrecha relación que mantienen De Certeau y Heidegger. Me refiero a una cuestión fundamental y sumamente interesante, cuestión que plantea una similitud y algunas diferencias entre ambos pensadores.

En lo que a la similitud respecta, los dos se refieren a una especie de *acción* del historiador sobre el pasado. Tanto Heidegger como De Certeau se basan en el papel fundamental del historiador sobre la historia. Es él quien, desde su presente histórico, y distancia temporal de por medio, *da sentido* a la misma, pues hace una reinterpretación de ella. Esa reinterpretación de los acontecimientos por parte del historiador, *necesariamente* supone un nuevo punto de vista de la *historia* misma.

La reflexión *sobre* el pasado los une. No obstante, también los separa; y casi radicalmente.

Heidegger habla de un *acceso* al pasado por medio de la *fuerza*. Esta se convierte, deviene *garantía de la realidad histórica*, pues aquella misma no es otra cosa que un *registro exacto* de los acontecimientos. El historiador, por medio de su utilización, *tiene acceso al pasado en sí mismo, a lo real tal como fue*. Su tarea será una re-

significación *sobre, acerca de* los acontecimientos reales, por lo demás, significativos en sí mismos. Heidegger trabaja, así, *basándose en la fuente* y depositando en ella *toda la confianza de su construcción*.

Heidegger trabaja sobre los acontecimientos mismos, tal como fueron (los re-organiza en una re-interpretación). Construye un nuevo *sentido*. Pero deja de lado la conciencia (o, cuanto menos, no hace explícito este aspecto) sobre lo que esa actividad implica, pues el *da por supuesta la realidad de lo histórico, plasmada fielmente en la fuente*.

Por el contrario, De Certeau comienza su análisis afirmando que la *historia* es una *actividad*, una *práctica de sentido*, que se encuentra *inestable* entre el pasado, del que se ocupa, y el *presente* en el que tiene lugar y el que la determina. En ese *límite*, y desde él, el historiador emprende el movimiento epistemológico de la investigación científica; *da un nuevo sentido al pasado*. Pero esa investigación supone siempre una modificación del objeto que estudia. El historiador *interviene en la realidad histórica y la modifica por medio de esa misma actividad*. No supone un pasado *estable, ahí*, al cual se puede acceder “científicamente”, en su totalidad (pues del pasado sólo quedan “restos estructurales”) y sin trastocar aspecto alguno. Por el contrario, es plenamente consciente de que su *práctica presente* consiste en ello, en una intervención de sentido que modifica el orden de las cosas, pues la vincula de una manera diferente.

De Certeau reconocerá el efecto del pasado en su práctica presente, en cuanto que base, suelo sobre el que actuar; reconocerá algunos vestigios de él en ciertas estructuras fuertes que han permitido su *continuidad*. Pero, inmediatamente, da cuenta de que su *trabajo*, modifica el propio pasado y también al él mismo.

El *pasado* deja de ser algo inmutable al cual acceder y, por consiguiente, al cual puede conocerse *en sí*; se transforma en algo *continuo* y “abierto”, que ejerce su fuerza sobre el presente en cuanto “materia” a la que es posible vincular esencialmente la acción presente. Pero en dicha vinculación científica surge ahora un nuevo sentido. La *fuentes*, el *archivo* será, quizá, el aspecto más visible de esta diferencia entre ambos autores, pues De Certeau no le atribuye la cualidad específica de garantizar la realidad histórica, sino que la fuente misma es también *producida* por el historiador en su propia práctica.

En esa nueva vinculación del pasado y el presente que “pone en marcha” el historiador, se le da un *nuevo sentido al pasado* y, por tanto, también a la historia.